

EL

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion: La Política, por D. A. P. M.—La Flor marchita (poesia), por don José Maria de Larrea.—El Destierro del Cid (continuacion), por don Antonio de Trueba.—Album de mis Recuerdos (continuacion), por Maria.—Variedades: Un Abanico histórico, por Zahara.—Labores.—Revista de Madrid.—Explicacion del Figurin.

## EDUCACION.

### La política.

Entre las buenas cualidades que deben adornar á una jóven, pocas hay tan necesarias para vivir en el mundo como la atencion ó finura de trato, que en el lenguaje de sociedad llamamos *política*. No son, sin embargo, muchas las personas que conocen y practican la verdadera política, ese barniz inestimable que pone en relieve los mas relevantes cualidades del alma y los mas brillantes dotes de un talento cultivado, aunque todos tenemos pretensiones de poseerla.

La piedad, la benevolencia, la dulzura, la rectitud de corazon y la pureza del alma reciben de ella nuevo lustre, y una señorita debe poner en poseerla todo aquel esmero con que procuramos adquirir los infinitos conocimientos agradables que nos sirven para embellecer la vida, y descansar de ocupaciones mas serias.

Porque la verdadera virtud lejos de oponerse á todo aquello que sirve de adorno á nuestro espíritu, y hace desenvolver nuestra amabilidad é inteligencia, nos impone, por el

contrario, como un deber, el hacernos agradables á los demas: para conseguirlo son poderosos auxiliares la finura del trato, la instruccion, el estudio de la literatura, de las bellas artes y de aquellos conocimientos, mas conformes con las costumbres de nuestro sexo, y con la posicion que ocupamos en la sociedad. Bien entendido, que á ello no nos estimule la nécia vanidad de lucir nuestro talento en los salones, sino el noble deseo de hacernos mas dignas del cariño y estimacion de nuestra familia y de las gentes honradas.

Una de las cosas que mas generalmente se recomiendan á una jóven es la de ser amable con todo el mundo, pero esta amabilidad lejos de limitarse al trato de etiqueta, debe procurarse con mas esmero en la intimidad: así nuestras relaciones de todos los dias son mas dulces y apreciables. Esta es una de aquellas cualidades que todo el mundo respeta y admira, y que solo se adquiere por una atencion continua sobre sí mismo, y por el deseo sincero de agradar y de hacerse amar. Nunca es mayor, sin embargo, que cuando nace de un corazon bondadoso, y habituado por inclinacion y práctica á complacer á los demas.

La verdadera finura, para llevarse á la perfeccion, necesita una gran presencia de



ánimo para estar siempre sobre sí, y aquel tacto delicado que solo se desenvuelve y perfecciona por el frecuente trato de la buena sociedad. Solo él puede dar á algunos séres privilegiados la inspiracion, digámoslo así, de improvisar la conducta y discursos apropiados á cada circunstancia. El trato de gentes, la instruccion y la reflexion, pueden servirnos de mucho para conducirnos, cuando menos, de un modo conveniente en la sociedad; y, á no dudarlo, con un buen carácter, un recto juicio y escuchando á la razon, se consigue, casi siempre, vivir en paz con sus iguales, y ser honrado y querido de sus inferiores.

A. P. M.

## LITERATURA.

### LA FLOR MARCHITA.

Por la orilla del Arlanza  
niña de muy pocos años  
á lentos pasos avanza,  
llorando ya desengaños  
en la edad de la esperanza.

Iba levantando al cielo  
los negros rasgados ojos  
que lloraban su desvelo,  
y al bajarlos, en el suelo  
vió de una flor los despojos.

Como el verla con rigor  
abandonada, la aviva  
la idea de su dolor,  
alzó del suelo la flor  
y así la habló compasiva:

«Pobre flor! ayer ufano  
tu puro cáliz se abría,  
y era ayer tu lozanía  
gala del modesto llano.

Las mariposas llegaban  
á robarte tus colores,  
y los pardos ruiseñores  
en tu tallo se posaban.

La aurora te sonreía,  
te festejaban las aves  
con sus cánticos suaves,  
y el céfiro te mecía.

Ahora te encuentro ahí hollada,  
rotas tus hojas mejores,  
marchitos ya tus colores,  
entre el polvo sepultada.

¿Qué mano cruel tronchó  
tu tallo, flor primorosa,  
y luego así desdeñosa  
en el polvo te arrojó?

¿Fué acaso que en su fiereza  
el cierzo que airado brama  
pedazos hizo la rama  
que abrigaba tu belleza?

¿O alguna hermosa al llorar  
de sus celos el rigor,  
ofrenda de su amor  
te quiso á tí castigar?

¿O acaso en la yerta losa  
de una tumba solitaria  
triste y sentida plegaria  
representaste piadosa?

¿Fuiste, di, ofrenda de amor,  
ó corona funeral,  
ó guirnalda virginal,  
ó plegaria de dolor?

Ven aquí, flor de mi vida,  
de todos abandonada;  
ven, no serás ya pisada  
en mi seno guarecida.

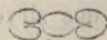
Aquí, cabe el corazon  
tambien marchito y ajado,  
y como tú abandonado,  
sin mas fé que su ilusion.

Ven, ven; yo te sabré amar,  
yo que tu suerte lamento;  
vida te dará mi aliento  
tu fragancia al aspirar.

Cuando llore ¡pobre flor!  
mi llanto en tí he de verter,  
y tu cáliz vendrá á ser  
el cáliz de mi dolor!

—  
Esto sus lábios dijeron  
llorando en la flor sus cuitas,  
luego besarla quisieron,  
mas como estaban marchitas  
las hojas se desprendieron.

JOSÉ MARÍA DE LARREA





## EL DESTIERRO DEL CID.

(Continuacion.)

En la tienda del Cid se reunieron los principales caballeros, y aquél les dijo:

—Bien sabeis, amigos míos, que ganosos de llegar á Vivar, ninguno de los que componemos la mesnada hemos yantado desde que al quebrar albores nos pusimos en camino, y duéleme en el alma, porque pudiéramos desmayar ahora, que mas que nunca hemos menester ánimo para salir del apretado trance en que mis enemigos nos han puesto. Y vano será que tratemos de comprar vianda en la ciudad, porque no nos la venderán habiéndolo vendido el Rey.

—Yo, respondió Antolinez, arrostraré el enojo del Rey por tal de abastecer de pan y vino á la mesnada. Asi como vos pensais ir á Cardena á abrazar á vuestra familia, yo pienso tornar á Búrgos á abrazar á la mia, y entonces traeré la vianda que haya en mi casa, siquiera no me sea dado tornar nunca á Castilla y el Rey confisque mis bienes.

—Merced, buen Antolinez, dijo el Cid estrechando la mano del burgalés de pró, como llama á Martin la crónica.

—Pluguiera á Dios, repuso Antolinez, que tuviera un tesoro de rey para ayudaros con él á alzar una invencible hueste, con la cual pudiérais combatir á los infieles y recobrar la honra y los haberes que os quitan.

—No un tesoro de rey necesitaria para eso, que me bastarian algunos centenares de marcos de oro. Con ellos la sostendria hasta salir de Castilla, y una vez en tierra de moros, nuestras lanzas nos darian haberes, no solo para nuestro mantenimiento, sino tambien para enviar á Castilla.

—Pues mi parecer es, dijo Martin, que antes de todo os proveais de haberes monedados, y luego echeis pregones por toda esta tierra para allegar gente que os siga á lidiar con la morisma. En Búrgos hay dos judíos, por nombre Raquel y Vidas, que al olor de la logreria arrostrarán el enojo del rey flicitándoos el oro que necesitais.

—Pediránme garantías, y no puedo darles mas que mi palabra.

—¿Y por ventura vuestra palabra no vale oro?

—Cierto, mas Raquel y Vidas no pensarán como vos y yo pensamos.

—¡Vive Dios! que me ocurre un medio de obviar esa dificultad.

—¿Y cuál es, Antolinez?

—Con nosotros traemos dos arcas doradas y cubiertas de guadalmece, que tomásteis á los moros llenas de oro y plata, oro y plata que distribuisteis á vuestros soldados en recompensa de su valor, creyendo que á vos bastaban las arcas vacías, que mandastes conservar como recuerdo de aquella presa. Llenarémolas de arena, y dirémos á esos judíos que lo están de alhajas, de oro y plata; rogareisles que las guarden hasta vuestra vuelta, porque no es posible llevarlas, y en cambio les pediréis el oro monedado que necesitais.

—¿Cómo quieres, Martin, que un caballero honrado acuda á tales engaños para adquirir algunas monedas? Prefiero decir la verdad á Raquel y Vidas.

—Si se la decís, no os prestarán un marco. ¿No teneis seguridad, como yo tengo, de que vuestra palabra es prenda de tanto valor como serian esas arcas, si en efecto estuvieran llenas de oro?

—Ciertamente, Martin.

—Pues si muriérais en la guerra sin poder cumplir, veinte caballeros, á cual mas honrados, os juran que satisfarán la deuda que dejéis contraída, aunque para ello hubieran menester demandar limosna de puerta en puerta.

—La necesidad es tal, dijo al fin Rodrigo, que me decido á seguir vuestro consejo.

—Aparte de estas razones, añadió Martin Antolinez, quien desconfia de la palabra de D. Rodrigo Diaz bien merece ser engañado.

Un instante despues tornó Martin Antolinez á Búrgos acompañado de algunos escuderos, y despues de recoger de su casa las viandas que en ella habia, y que mandó sin tardanza á la Glera, se encaminó á casa de los judíos. Introdujosele en un aposento en que Raquel y Vidas se hallaban ocupados, uno en hacer apuntes en unos grandes pergaminos, y otro en contar un monton de monedas de oro, que brillaban sobre una mesa larga, y parecida á los mostradores modernos.

Martin saludó á los judíos, pero estos no le contestaron, tan emborachados estaban en sus ocupaciones. Asi que terminaron estas, alzaron la cabeza, y reparando en él le saludaron con pro-



fundo respeto, escusando su falta de atencion.

—Quiero hablar con vosotros en secreto, les dijo Antolinez. Dadme, amigos, las manos en fé de que no me descubrireis á cristianos ni á judios.

Raquel y Vidas se apresuraron á complacer al caballero burgalés.

—Sabed, continuó éste, que el Campeador fué á pedir parias á los moros sus vasallos, y ha tornado con grandes riquezas; mas el rey háse airado con él y desterrádole de Castilla. No tiene haber monedado mio Cid, mas si dos arcas llenas de oro precioso, y como no puede llevarlas consigo, porque fueran vistas, y el rey se las quitaria, quiere dejarlas en guarda por el plazo de un año, con tal que le deis seiscientos marcos de oro que há menester para mantener su mesnada hasta llegar á tierra de moros, donde Dios será servido que tome vituallas y haberes en abundancia.

—De grado harémos lo que el Campeador desea, contestaron los judios despues de conferenciar entre sí. Nosotros guardarémos las arcas donde no sean vitas; mas el que oro tiene pocas noches duerme tranquilo, y justo será que el Campeador nos recompense el servicio que le prestemos cuando las arcas tornen á su poder.

—Cumplida recompensa os dará, que liberal es en demasia; mas catad que la noche va pasando, y antes que canten gallos há menester mio Cid mover de la Glera donde posa. Dadme, si á bien lo habeis, los seiscientos marcos de oro, y venid á tomar las arcas de manos del Campeador.

—Nuestra costumbre, dijo Raquel, es tomar antes de dar.

—Llevad con vosotros el dinero para dárselo al Cid en el campo.

—No harémos tal, que al pasar la puente suele haber ladrones. Vos tornareis con nosotros y aquí tomaréis el haber monedado.

Así diciendo, los judios se dispusieron á partir para la Glera con Martín Antolinez. Hiciéronlo montados en sendos mulos, y media hora despues llegaban todos á la tienda del Cid, cuyas gentes hallaron muy animadas con el abastecimiento de pan y vino que Antolinez habia mandado de antemano con los escuderos.

—¡Sálveos Dios, buen Campeador! dijeron Raquel y Vidas. Dadnos, señor, á besar vuestras manos.

Y en efecto, ambos besaron respetuosamente la mano de Rodrigo, que en señal de contento se

sonrió prendiendo su barba bellida, y les dijo:

—De esta tierra soy echado, amigos Raquel y Vidas, y en Dios espero tornar muy pronto mucho mas rico que salgo. Catad aquí las arcas de que os habrá hablado Martín Antolinez. Tomadlas y escondedlas donde nadie las vea, que antes de un año os serán pedidas y recibiréis doblado lo que hayais dado sobre ellas. Si el año cumpliese y no hubiéseis sido pagados, vuestras serán, y así habreis cobrado con creces préstamo y logreria.

Los judios se acercaron á las arcas que estaban fuertemente claveteadas. Tomáronlas á peso, y apenas les fué dado hacerlas perder tierra.

—Mostrad, señor, dijo Raquel, el oro que tienen dentro, mas bien porque tal es la costumbre en casos como este, que por desconfianza de vos.

—Eso hiciera yo de buen grado, respondió el Cid, si estuvieran cerradas solo con llave y no claveteadas como están; ¿mas no creéis que vale tanto mi palabra de que saldreis gananciosos como el oro que pueden contener esas arcas!

—Cierto, contestaron los judios, y en prueba de que vuestra palabra tenemos en mucho, no solo no queremos que abrais las arcas, sino que os damos la nuestra de no abrirlas hasta que sea cumplido el año.

Los judios, Antolinez y dos escuderos tornaron á Búrgos, llevando los primeros las arcas llenas de arena al arzon de los mulos. Llegado que hobieron al palacio, dice la crónica, tendieron un almofalla, sobrella una sábana de ranzal, é echaron al primer golpe trescientos marcos en plata é los otros trescientos en oro, é púsose á notarlos don Martino, é luego cargó con ellos sus escuderos.

Martín y los escuderos tornaron alborozados á la Glera. A su llegada comunicaron aquel alborozo al Cid y los demas caballeros.

Los primeros cantos del gallo se oyeron en aquel instante en los caserios cercanos.

—La mañana se acerca, dijo el Cid, y estoy ganoso de ver á mi mujer y mis hijas. Voy á partir para San Pedro de Cardena, de donde tornaré poco despues que el sol salga, y echarémos pregones por esta tierra para alzar gente con que ir contra la morisma.

El Oriente comenzaba á inundarse de resplandores cuando el Campeador y Gil Diaz se acercaban á San Pedro de Cardena con el corazon palpitante de alegria.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.



# ALBUM DE MIS RECUERDOS.

PÁGINA PRIMERA.

## LA OFRENDA DE FLORES.

(Continuacion.)

Estas dos preguntas demostraban los caracteres de aquellos dos seres; mi hermano, cuya alma angélica estaba fuertemente conmovida por aquella desgracia, se interesaba por el porvenir de aquellas dos criaturas: la perversa anciana solo queria satisfacer su curiosidad.

—¡Ay de mí, no sé lo que voy á hacer, señorito! dijo la mendiga contestando antes á José, y conociendo con un tacto poco comun, que debia hacerle esta distincion: estoy sola en el mundo con este niño, que casi es ya un cadáver, y no tengo dinero, abrigo, ni pan!

Luego volviéndose á Martina añadió:

—Me llamo Germana, y como habeis adivinado soy gitana.

Entre tanto el niño habia vuelto á abrir los ojos, y su primera mirada se dirigió á su madre, que lo abrazó amorosamente, despues lo tomó de nuevo en los brazos, y se puso en pié.

—Quedad con Dios, señoritos, dijo con los ojos arrasados de lágrimas, y él os pague el bien que me habeis hecho: sin vosotros hubiera muerto de hambre, antes de poder llegar al hospital de la aldea.

—¡Ay, Dios mio, pobre mujer, cuánto siento no tener dinero que daros! exclamé yo; pero nosotros para nada lo necesitamos, y por eso no nos lo dan nuestros padres.

—¡Dinero, murmuró Martina: por vida mia, que seria bien empleado para ellos!

—Pero dijo José; podemos daros esta bandeja, esta taza y esta cuchara de plata, porque es mio exclusivamente: tomadlo, pues, en nombre de los dos.

Y despues añadió con la gracia encantadora que solo él poseia: si podeis pasar sin venderlo, Germana, conservadlo siempre como un recuerdo nuestro, y sino, reducidlo á dinero para cuidar á vuestro hijo, y cuidaros á vos misma.

Al decir estas palabras, tomó de manos de Martina aquellos objetos, y los puso en las de la atónita gitana.

—¡Cómo, exclamó la anciana, abalanzándose hecha una furia hácia la pobre jóven para arrebatársela las alhajas: ¿con qué teneis valor de dar á esa mendiga el servicio de plata que vuestro abuelo os regaló? ¡Qué dirán los señores, Santo Dios! Pero no, no, yo no puedo consentirlo, continuó al ver que Germana tenia las alhajas en la mano; voy á llamar á los señores para que manden echar á palos á estos tunantes.

Al acabar estas palabras, entrecortadas por el furor, quiso dirigirse apresuradamente hácia la quinta, pero se detuvo petrificada al ver á nuestros padres á dos pasos de nosotros.

—No teneis que llegar hasta allá, Martina, dijo mi padre con serena sonrisa, en tanto que mi madre, viendo á José pálido y desfallecido, se sentaba en la húmeda yerba y lo tomaba en sus brazos: todo lo hemos oido, y vamos á ser ahora los jueces en esta contienda.

Y volviéndose á Germana que le presentaba tímidamente las alhajas, continuó:

—Guardad esos objetos, jóven: son vuestros, puesto que mi hijo os los ha dado: pero no los vendais nunca, que yo cuidaré de vos y de vuestro niño hasta que podais ganar vuestra subsistencia. Yo deseo que destineis ese servicio á vuestro hijo, y que siempre que lo use le recordeis la accion del mio. Esta es nuestra sentencia.

—¡Hijo mio, hijo mio! gritó entonces mi madre con doloroso acento, al ver á José cerrar los ojos; hijo mio, vuelve en tí!.... No me escuchas? no me conoces ya?...

—¡Ah, mamá, exclamé yo: es que no ha comido desde ayer!

—Vamos á la quinta, dijo mi padre tomando en sus brazos á José: tomad ese pobre niño Martina, y seguidme; venid vos tambien Germana.

Una hora despues la gitana y su hijo se hallaban acostados en dos camas contiguas, limpias y calientes; en pié, junto al lecho del niño, estaba el médico de la aldea vecina, y mi madre sentada á la cabecera espiaba su semblante con ansiedad.

—No tiene vida para dos horas, dijo el doctor en voz muy baja, comprendiendo aquella elocuente mirada.

Un ¡ay! penetrante y desgarrador se escuchó apenas hubo pronunciado el médico estas palabras: la gitana se habia arrojado de su lecho, precipitándose sobre su agonizante hijo.



## IV.

—Señora, señora! exclamó al mismo tiempo Martina, entrando despavorida en el aposento: el señorito José está muy malo, está mucho peor.... Venid, venid!...

Salió mi madre precipitadamente, y yo la seguí toda azorada, siendo la primera en llegar al lecho de mi hermano, que rodeó anhelante mi cuello con sus brazos.... yo ví que un estertor sordo y cóncavo levantaba su pecho, ví tornarse cárdenos sus lábios, y ví rodar sus hermosos ojos en las órbitas... ¡Oh, jamás se borrará de mi memoria aquel funesto espectáculo! jamás olvidaré la agonía de mi hermano, de aquel hermano que yo amaba tanto, y de quien era tan querida!

El doctor abandonó al pobre niño que agonizaba, para prestar sus socorros al otro niño que agonizaba también: mas en vano intentó abrir las venas de José para salvar su vida; la sangre arrebatada al pecho y á la cabeza, no acudía á las cisternas, y la vida se extinguía con horrible rapidez. (1)

No fué posible separar á mi madre del lecho de su hijo moribundo, y la misma obstinacion encontraron en mi padre, que entró poco rato despues: pero nadie mas que yo recibió el postrer abrazo y la última mirada de José.

Todos abandonaron por fin aquel lúgubre aposento: sola yo quedé contemplando el cadáver de mi hermano, atraída por una rara é invencible fascinacion que la muerte tiene aun hoy dia para mí.

Cuando deposité en su frente mi beso postrero estaba helada ya.

## V.

Las dos de la mañana daban en el reloj de la quinta cuando yo entré en el aposento ocupado por Germana y su hijo.

Ay! el niño era también un cadáver, como mi hermano, y ya estaba cubierto con un blanco sudario!

La gitana estaba en su lecho: pálida y desfallecida, su moreno pecho se veía levantado por amarillos sollozos, y sus grandes y apasionados ojos se

(1) Esta espantosa enfermedad es muy comun en los niños que no llegan á doce años; en Aragon se le da el nombre de *garrotillo*.

clavaban en el cadáver de su pobre niño con una espresion de profundo dolor.

Sentada algo mas lejos estaba Martina, envolviendo á un recién nacido, que lanzaba esos vaguidos débiles tan lastimosos para el que los escucha.

No obstante mi profunda afliccion por la muerte de mi hermano, aquel cuadro despertó vivamente mi infantil curiosidad, me fui, pues, al rincon mas oscuro del cuarto, y me puse á observar guardando silencio.

Pocos instantes despues entró mi madre; estaba muy pálida, y sus ojos, enrojecidos é hinchados por el llanto, se veían velados por una profunda tristeza: mas aquella tristeza llevaba el sello de la resignacion; diríase que el dolor de haber perdido á su hijo se templaba á la vista de otra desgracia mayor. Tomó el niño recién nacido de los brazos de Martina, y se acercó al lecho en que la pobre gitana lloraba amargamente, asistida por el doctor.

—No lloreis ya, Germana, dijo presentándola el niño. Dios os quita un hijo, pero os envia otro para consuelo....

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de mi madre al pronunciar estas palabras. La gitana abrió los brazos para recibir al hijo que le presentaban, pero antes besó las manos de su bienhechora.

—Mañana, continuó ésta, se bautizará vuestro niño en la parroquia de la aldea vecina: mi hija mayor le tendrá en la pila bautismal.

—Ah! mamá, de veras? exclamé yo saliendo de mi sitio; seré yo su madrina?

—Y yo su padrino, dijo el doctor, si su madre no se opone.

—Oponerme! ¡Ay Dios mio! exclamó ésta juntando las manos: ¿cómo podré yo pagar tanto bien como recibo?

Y luego, como si fuera una osadía muy culpable, añadió tímidamente, y cubriéndose sus mejillas de un subido carmín.

—Si quisiérais, señora mía, que este niño llevase los nombres de vuestros dos hijos, sería tan feliz!...

—Sí que quiero, Germana, dijo mi madre, cuyos ojos se cubrieron otra vez de lágrimas al oír esta tierna demanda: vuestro hijo se llamará *José María*, y no pudiérais darme prueba mas dulce de gratitud que la manifestacion de este deseo.

—Yo me obligo, añadió el doctor, á cuidar siempre de este niño, y de que nada falte á su madre hasta que pueda trabajar.

—Perdonad, querido doctor, dijo mi madre con



triste sonrisa: ese último cuidado me pertenece, y debeis dejármelo para que me sirva de consuelo.

Dichas estas palabras me tomó de la mano, y salió conmigo del aposento, no sin que la mirada de la gitana nos siguiese llena de gratitud.

Los cadáveres de los dos niños fueron colocados en el salon de la quinta, rodeados de blasones, y velados por dos criados durante toda la noche.

(Se continuará.)

MARIA.

## VARIEDADES.

### UN ABANICO HISTÓRICO.

Há poco tiempo dejó de existir en París de edad bastante avanzada la marquesa de M., última heredera de su título, dejando repartida su inmensa fortuna entre seis ú ocho parientes lejanos. Para hacer mas fácil la particion, se vendia el hermoso palacio de la marquesa, situado en el barrio de Saint-Germain, y se hacia pública almoneda de todos los objetos que contenia, hasta de aquellos que representaban recuerdos de familia.

El palacio de M. habia adquirido fama por la riqueza de sus adornos: muchos de sus muebles databan de los dos últimos siglos, y estaban conservados con un cuidado solícito y tradicional. Sabia todo el mundo que la marquesa poseia una coleccion de preciosidades, encajes magníficos sobre todo, y alhajas, que despues de estar guardadas muchos años vuelven á ser buscadas por la moda. Así, pues, una inmensa concurrencia, compuesta en su mayor parte de señoras, acudió en los dias de esposicion á admirar tantas bellezas, y cada una escogia y apuntaba los objetos que trataba de adquirir.

Muchas personas fueron el primer dia de los tres que debia durar la venta, y otras representaban á las que por algun motivo no podian asistir. El segundo dia llegó manifestando una viva inquietud la jóven viuda de S., una de las bellezas mas notables en los altos círculos de la sociedad parisiense: no habia podido ir la víspera, y ¡cuál fué su dolor cuando la dijeron que el objeto que buscaba estaba ya vendido desde el dia anterior!

Era el objeto en cuestion un abanico encantador: el pais estaba pintado por el gran artista Bou-

cher, que habia tenido el capricho de retratar doce personajes de la corte de Luis XV; seis damas y seis caballeros, que vestidos de gran ceremonia, figuraban estar en un baile. Boucher no habia hecho nada mas perfecto que ese cuadro en miniatura, de una delicadeza esquisita y una gracia particular. El pié del abanico era tambien un conjunto de elegancia, de originalidad, de riqueza artistica. ¡Y tantas bellezas no habian sido pagadas sino por la mitad de su valor, por sesenta luises!

La señora de S. estaba inconsolable al tener que renunciar á aquel objeto que hacia mucho tiempo deseaba. En medio de su desesperacion le ocurrió una idea feliz: quizá el abanico lo habia comprado un prendero ó una persona que consentiria en cederlo con ventaja.

Tan pronto como este pensamiento fué emitido, muchos jóvenes galantes, deseosos de consolar á la bella afligida, de obtener una sonrisa de sus labios, se apresuraron á tomar informes.... ¡Todos volvieron consternados! El abanico habia sido comprado por la baronesa de C.

La baronesa era una persona con quien no se podia esperar transaccion ninguna: una mujer de cuarenta años, muy rica, muy suntuosa en sus adornos, y que tenia la pretension de oscurecer á las jóvenes mas elegantes por la esplendidez de que se rodeaba. Solo tenia un defecto: en su juventud habia sido siempre citada por su virtud sólida á toda prueba, y en la madurez de su edad, orgullosa con tal renombre, manifestaba una rigidez de principios extraordinaria, y una escrupulosidad llevada hasta el fanatismo. Se mostraba inflexible contra la ligereza y la coquetería de las mujeres, y el solo nombre de una cortesana, aunque fuese de la antigüedad, la hacia estremecer de indignacion y de horror.

Las mujeres de tal carácter son por lo general poco complacientes, y llegarse á proponer á la baronesa un acto de generosidad en favor de la bella viudita de S., era esponerse de seguro á una negativa seca y humillante.

Sin embargo, uno de los jóvenes mas atrevidos resolvió llevar adelante la aventura que sus amigos abandonaban. En último resultado solo se esponia á un mal recibimiento, y si conseguia su objeto, ¡qué triunfo! ¡qué reputacion de talento, de destreza y habilidad le proporcionaria aquel suceso inesperado!

Presentóse, pues, nuestro jóven en casa de la baronesa, que sorprendida de recibir su visita, le preguntó con tono un tanto desdeñoso el objeto de



ella. No se intimidó el jóven por la rudeza de la acogida, y abordó resueltamente la cuestion.

—Señora, dijo con el aire mas audaz, el motivo de presentarme hoy en casa de Vd., es la almoneda que tuvo lugar ayer en el palacio de M. ¿En ella, si no estoy mal informado, compró Vd. un precioso abanico?

—Efectivamente, caballero. ¿Pero qué?

—Ah! señora, ¿aprecia Vd. mucho ese abanico?

—¡Cómo si lo aprecio! me agrada la pregunta! ¿Lo hubiera comprado sino?

—Y si hubiese alguna persona, que por razones de gran importancia, tuviese mas interés que Vd. en poseer ese abanico, y viniese yo á suplicarla que se lo cediera?

—¡Cómo, exclamó con altivez la baronesa, me toma Vd. por una comerciante de ropa vieja! ¡por una prendera!!

—¡Me ofende Vd., señora! no es mi objeto proponer á Vd. un negocio; solamente le suplico que me ceda el abanico por su justo precio, por los sesenta lises, aunque para mí vale inmensamente mas.

—Comprendo! quiere Vd. ofrecérselo á alguna coqueta que me tiene envidia, y conquistar su afecto con tal fineza, ¿no es verdad? ¿Y ha creído Vd. que yo me prestaría á semejante intriga?

—Perdone Vd., señora, si la digo que está completamente equivocada.

—¿Qué, no es para una dama para quien pretende Vd. ese abanico?

—Oh! no, señora. Es para mi tío, antiguo magistrado; un celibato de quien soy heredero legal, y cuya herencia estoy próximo á perder si Vd. me niega el favor que le pido.

—¿Qué me dice Vd?

—La verdad. Mi tío me habia encargado que fuese á la almoneda y comprase ese abanico: un fatal olvido, un deplorable aturdimiento me ha impedido cumplir la comision, y estoy seguro que no me lo perdonará jamás. Debo decir á Vd., que mi respetable tío es anticuario, y tiene coleccion de curiosidades históricas: hay en su museo infinitos objetos relativos á los reales amores de Enrique IV, Luis XIV, Luis XV....

—Oh! qué horror!

—Perdone Vd., señora, si el respeto que debo á mi tío me impide unir mis exclamaciones á las suyas; pero en fin, tal es su manía, y debe Vd. comprender su deseo de adquirir ese abanico, que ha pertenecido á Mma. de Pompadour.

—¿Qué dice Vd? ¡oh abominacion! ¿Qué Mma. de Pompadour?...

—¡Lo ignorá Vd.? Oh! Está probado por documentos de una autenticidad perfecta. El abanico es conocido, mencionado, descrito en infinitos catálogos. ¿Es un abanico histórico!

—¡A Mma. de Pompadour, exclamaba la baronesa, y yo le he tocado! con guantes por fortuna. Oh! ese infame objeto no permanecerá un momento mas en mi casa; voy á hacer que lo arrojen al fuego.

—¿Por qué quemarle? replicó el jóven, por qué perder los sesenta lises? por qué hacerme á mí perder la herencia? no le basta á Vd. deshacerse de ese horrible abanico?

—Pues bien! sea: ahí está en ese tocador; tómeme Vd. mismo, yo no quiero verlo.

El jóven se apresuró á sacar el abanico, que guardó en su bolsillo, colocó su importe sobre el mismo tocador, se despidió de la baronesa, y corrió, triunfante á casa de la señora de S., que le colmó de elogios, y le dió las gracias con una sonrisa encantadora.

La baronesa estuvo dos veces mala: primero con la idea de que habia tocado y guardado entre sus alhajas un objeto de Mma. de Pompadour; y despues de cólera, cuando supo que habia sido engañada, y que el abanico le tenia la bella viudita de S.; que no habia pertenecido nunca á aquella célebre cortesana, sino por el contrario, que sus antiguos dueños le habian apreciado en mucho.

En efecto, aquel precioso abanico habia pertenecido á la reina Maria Lenszinska, despues á la princesa de Lamballe, y de ésta pasó á la marquesa de M.: de modo que se habia encontrado siempre entre las manos mas puras, y adoptando el dicho célebre de Luis XVIII, solo habia llevado los céfiros sobre rostros virtuosos.

ZAHARA.

(Traducido del francés.)





*Almohadon árabe.*

## LABORES.

En la estacion presente, en que el calor, enemigo de las labores, sin las veladas de familia, ni reuniones de confianza, y con el mal estar que proporciona, aparta una temporada de las manos de señoritas laboriosas el crochet, los encajes de aguja, los bordados en blanco, y otras labores, que por el excesivo cuidado que requieren cansan la imaginacion; creémos que nuestras lectoras agradecerán el modelo de almohadon árabe, que ocupa hoy la seccion de labores de nuestro periódico, por ser un trabajo entretenido, á la par que de conocida utilidad.

Sobre el modelo que figura la cuarta parte del almohadon, deberá hacerse un patron de cartulina, y por él cortar de tafilete ó de merino color carmesí, el círculo perfecto del almohadon, que se obtendrá teniendo la tela doblada en cuatro veces al cortarlo. Si se prefriese el merino, por ser tela que se presta mejor al trabajo de manos delicadas, debe hilvanarse este círculo sobre una tela fuerte en el bastidor, para ir colocando con mas comodidad los sobrepuestos que han de ir en él.

Despues se cortará por cada una de las figuras que componen el dibujo otro patron, y por éstos, diez y seis rayos que tiene la estrella del centro, ocho óvalos y ocho cuadros ó medallones, todos de terciopelo verde. No será inútil advertir, que al cortar todos estos pedazos debe dejarse un poco mas de tela al rededor, para que al coserlos sobre el fondo, queden de la misma medida y no mas pequeños.

Colocado en el bastidor, como se ha dicho, el círculo perfectamente estirado, se va bordando del modo siguiente:

Se hace primero en el centro un círculo pequeño con cordoncillo de oro, y despues se colocan los rayos de la estrella á la distancia que marca el dibujo, rodeándolos del mismo cordoncillo. A la conclusion de los rayos se pone una tirita de

terciopelo negro, del ancho que va indicada, teniendo cuidado al coserla de embeberla un poquito por el lado del centro, á fin de que quede perfectamente sentada; y poniéndole por ambas orillas su correspondiente cordoncillo de oro, queda terminado el primer círculo del dibujo.

El segundo, despues de cortadas por el patron las diferentes piezas que forman el mosaico, se borda con cordoncillo de oro, algo mas fino que el que rodea los sobrepuestos, la labor que cada una lleva en su centro; y luego se van colocando con la simetria que marca el dibujo, cada una enfrente de un rayo de la rueda, cosidas todo al rededor. Lo mismo que en la estrella, sobre el cosido, para cubrirle, se pone un cordoncillo de oro, y otro mas interior, guardando la misma forma. Despues se coloca otra tira de terciopelo negro con cordoncillo de oro á ambas orillas, y con ella termina el segundo círculo y el anverso del almohadon.

En cuanto á armar este almohadon, no ofrece dificultad ninguna. Se cortan de percalina dos círculos del mismo tamaño que el que se ha bordado, y se unen por medio de una tira de cuarenta centímetros de ancha, que será el canto del almohadon, y se rellena con lana ó pelote.

Para terminar el almohadon se hace otro círculo color carmesí, con una estrella en el centro de diferente color, y se une al otro círculo bordado por medio de una tira del mismo color del fondo, y de la medida exacta que tiene la de percalina: cuando están unidos ambos círculos hasta la mitad, se enfunda en ellos el almohadon de percalina, que se ha rellonado, y se concluye de cerrar todo al rededor.

Tal es el almohadon árabe, que presenta terminado la segunda figura del grabado, y que se podrá hacer mayor si se quiere, dando mas amplitud proporcionadamente á todas las figuras.





## DE LOS BORDADOS EN BLANCO.

DEL BORDADO AL PASADO.

(Continuacion.)

El punto, llamado *pasado*, es el mas general para los bordados á la mano, y se usa para hacer las partes *mates* y llenas de los dibujos.

Este punto es muy fácil de ejecutar, cuando el dibujo es sencillo, pero segun la complicacion del bordado moderno hay dibujos que ofrecen grandes dificultades.

Tomaremos por primer ejemplo una de las hojas de la *fig. 1.<sup>a</sup>* (1). Las bordadoras no trazan el *pasado* á menos de que el dibujo no sea muy grande, en cuyo caso suelen hacerlo. El trazado, como tapa el dibujo, impide sacarlo con su gracia y limpieza, y de todos modos siempre serian algodón y tiempo perdidos. Para las principiantas, sin embargo, el trazado facilita la ejecucion, y así les aconsejariamos hacerlo, siempre que en ello se ponga mucho cuidado, procurando sacar el diseño con la mayor exactitud en sus detalles, sin agrandarlo, y cuidando sobre todo de que las partes salientes y los mas pequeños contornos queden distintamente reproducidos.

El bordado á *realce* se rellena siempre. Este relleno debe ser muy igual y arreglado, y cubrir enteramente el dibujo, á escepcion de las partes agudas ó salientes, que por el contrario no se tocan para que salgan con mas finura y delicadeza.

La hoja *a* de la *figura 1.<sup>a</sup>*, manifiesta la disposicion de los hilos: cinco de estos bastan generalmente, y es el número que se puede tomar por base, aumentando en los dibujos anchos, y disminuyendo en los estrechos; en los que tengan mucho *realce* la proporcion podrá ser de ocho ó nueve, suponiendo que el algodón sea medianamente grueso.

(1) Esta figura se encontrará en el pliego de *Labores*, que daremos con el próximo número del 8 de Setiembre.

Conviene no trazar á la vez mas que el contorno de una sola flor ó de una sola hoja, y aun en estas no rellenar mas que aquello que sea posible hacer sin interrupcion, porque para sacar bien el dibujo no se le debe cubrir sino á medida que se va bordando. En lo que hay que poner el mayor cuidado es en no dejar demasiado tirante el algodón con que se rellena, como ya dijimos al hablar del feston punto de rosa.

Volvamos á nuestra hoja. Se hará el último punto del relleno desde la base á la punta: y luego se sacará la aguja sobre la línea del dibujo ó debajo del trazado, si este se ha ejecutado, haciendo en seguida una série de puntos trasversales (véase la hoja *b*) de la punta á la base, cuidando de meter y sacar la aguja con la mayor precision en la línea que forma el contorno del dibujo. Los dos ó tres primeros puntos deberán ser muy cortos, y un poco apretados para formar bien la punta, y todos perfectamente rectos, y nunca inclinados, ni á uno ni á otro lado. Se cuidará tambien de que sean muy iguales, de que estén muy juntos, y no mas apretados los unos que los otros, de manera que la hoja presente la mayor igualdad en sus contornos y superficie.

## II.

Los lirios de la *fig. 2* (1) presentan alguna mas dificultad. Para hacer este ramo es necesario trazar primero el tronco: en llegando á la flor mas alta del ramo se la rellenará, en la parte redonda solamente, cuidando de no hacer subir los puntos del relleno mas que un hilo ó dos mas allá de la base de los picos que forman las hojas, las cuales no deben estar sostenidas mas que del punto que se haga para llegar á su estremidad, y de principiarlas como se hizo en la hoja de la *fig. 1.<sup>a</sup>*

Lo mismo que se borde de derecha á izquierda que de izquierda á derecha, conviene principiar siempre por el pico que caiga mas lejos. Así, si se borda de izquierda á derecha, se comenzará por el de la letra *a*; si

(1) Véase la nota anterior.



es de derecha á izquierda por el de *b*. Despues de haber hecho este primer pico se hará el del centro, y por último el del lado opuesto. Se debe poner el mayor cuidado de que no baje mas uno que otro, procurando que se detengan los tres en la misma línea, para que así se reunan perfectamente al resto de la flor. Si uno de ellos sobresaliese, aunque no fuese mas que en un solo hilo, se desviaría de los otros, con un efecto tan desagradable á la vista, que echaría á perder completamente la flor.

Estas flores deben quedar enteramente redondas por la parte inferior: cuando se haya llegado al último punto se hará salir la aguja contra el tronco, cubriendo este con un cordoncillo fino, hasta el de la flor que sigue, la cual se ejecutará del mismo modo que la primera.

### III.

Las hojas de una flor ó de un ramo deben hacerse siempre partidas, á no ser muy pequeñas: esta division figura siempre las membranas de la hoja.

Para hacer una de las hojas de la derecha, en la *figura 2*, se rellenará primero el lado que cae mas distante, no olvidando que el relleno no debe llegar hasta la punta: cuando son cortas las hojas, se hace un solo punto, de la base á la punta; pero siendo largas, como las de este ramo, se hacen dos ó tres. Concluido el relleno se procurá hacer lo que dijimos para la hoja de la *figura 1.ª*: en llegando á la division del centro, se sacará la aguja sobre la línea que la representa, es decir, por el medio de la hoja. Terminado este primer lado, se rellena el otro, haciendo subir un poco el relleno, debajo de los puntos de la extremidad de la hoja, y se ejecutará metiendo la aguja contra la línea de division, pero con el cuidado de que no quede ningun claro entre los puntos ya hechos y los que se van á hacer.

Para que la línea que representa la membrana de la hoja, esté bien ejecutada, ha de figurar un surco, perfectamente unido, en el cual no se vea ningun hilo, ni agujero, por

pequeño que sea. Para conseguir esto, hay que meter la aguja pegando con los puntos del primer lado, pero sin morderlos. Teóricamente no es posible dar mayores esplicaciones, pero haciendo con cuidado una de estas hojas, se vendrá en conocimiento del modo con que se ha de dirigir la aguja para sacarla con perfeccion.

La hoja doblada de la misma figura se hace como las anteriores, con muy corta diferencia. Debe principiarse por la parte doblada, y despues hacer lo demas. A lo que hay que atender principalmente es á reunir los puntos de la parte que representa lo inferior de la hoja, á los de la que figura lo superior de ella, en el sitio señalado con una *c*, de manera que la línea que forma el borde no se interrumpa. Sin este cuidado no se conseguirá representar bien una hoja doblada.

(Se continuará.)

## REVISTA DE MADRID.

Los periódicos semanales tienen el triste privilegio de que sus revistas han de versar necesariamente sobre cosas conocidas ya de sus lectores, y sabido es que en asuntos de actualidad es la novedad la principal circunstancia que les da interés y los recomienda.

Con esta desventaja vamos á ocuparnos, aunque ligeramente, de las ceremonias que han tenido lugar en el Palacio de nuestros Reyes, con motivo de las bodas de la Infanta doña Amalia.

Suceso es este que por su importancia y por ser del dominio de nuestras tareas, como todos aquellos en que se rinde homenaje á la belleza y á la moda, no podia menos de ocupar un lugar en las columnas de nuestro semanario, aunque con la desventaja de venir despues de las bien escritas relaciones de diarios mas acreditados.

El príncipe Adalberto de Baviera tiene una hermosa presencia, y forma una bella pareja con nuestra Infanta, joya de inestimable prez, que ha venido á llevarse de España, segun la feliz expresion del augusto desposado á un elevado personaje.



El príncipe ha ocupado las habitaciones del palacio de Infantado, alhajado y servido con una magnificencia digna de príncipes, porque el duque de Osuna también lo es de Alemania, por sus derechos eventuales á la sucesión de una de aquellas casas soberanas.

Los desposorios tuvieron lugar en la Real Cámara el 25, día de San Luis, rey de Francia, y de gran solemnidad en Baviera. S. M. la Reina vestía un riquísimo traje blanco de muaré antique, tejido con oro, y los dos volantes que cubrían la falda llevaban guirnalda de flores de azar y marabús verdes, cuyo adorno se repetía en el manto, entre finísimos encajes: un broche de brillantes y perlas adornaba el pecho de S. M., con las decoraciones correspondientes, componiéndose la diadema y pendientes de la misma pedrería. La augusta desposada, tan bella como modesta, llevaba también vestido blanco de seda, brochado, guarnecido de magníficos encajes y flores de azar: su tocado era de brillantes, que reflejaban entre el gracioso plegado de su rico velo de encaje blanco. La infanta doña Cristina vestía también de blanco, y las señoras asistentes de la grandeza española y del cuerpo diplomático ostentaban trajes de tanta riqueza como buen gusto.

El día 26 tuvo lugar en la Real Capilla la solemne ceremonia de las velaciones; un rico paño de glassé de oro y plata cubrió la cabeza de los desposados, siendo el lazo ó yugo una ancha cinta encarnada; las arras consistían en dos magníficos anillos y trece onzas de oro. S. M. la Reina llevaba vestido blanco con viso y adornos color de rosa; el de la princesa de Baviera tenía el viso color de caña.

#### ESPLICACION del Figurin que se reparte á las suscriptoras á dos figurines.

FIG. 1.<sup>a</sup> *Traje de campo.*—Vestido de muselina blanca: cuerpo de escote cuadrado, y de hechura de blusa; un puño bordado rodea el escote y sujeta el frunce, que vuelve á recogerse en la cintura, por la espalda y en el pecho. Una cinta ancha escocesa, adornada por ambas orillas con una puntilla negra, va sobre el cuerpo en forma de ti-

rantes, haciendo en la espalda figura de fichú, y terminando por delante bastante estrecha en la cintura, en cuyo sitio lleva un lazo de la misma cinta, y de él parten sobre la falda dos bandas de la misma cinta con sus correspondientes puntillas negras, que abriéndose convenientemente sirven de adorno en los costados de la misma.

La manga forma un hueco bastante grande, recogido por delante con un lazo de terciopelo negro.

Sombrilla de gró color de ceniza cubierta toda de encaje negro, que cae todo al rededor formando pabellones.

FIG. 2.<sup>a</sup> Falda de barés con cuatro volantes, y en ellos cenefas brochadas azules. Chaqueta de piqué blanco alta y cerrada, con la aldeta muy larga y de bastante vuelo, para que haga un encañonado sobre la falda: una cinta labrada guarnece toda la chaqueta, y forma por delante en el pecho y aldeta un adorno de alamares de un tamaño graduado, que puestos en escala estrechan en la cintura y vuelven á ensanchar en el pecho: en cada conclusión de la cinta se coloca un botón, y otra hilera de estos baja por entre ambos adornos hasta la cintura, cerrando la chaqueta: la manga, no muy corta, lleva una ancha vuelta adornada del mismo modo.

Cuello y mangas exteriores blancos.

Sombrero redondo de paja, adornado con flores silvestres, y lazos de terciopelo negro con cabos flotantes.

FIG. 3.<sup>a</sup> *Traje de niña.*—Vestido blanco de muselina con volantes festoneados, y el cuerpo cuadrado y rizado como el de la fig. 1.<sup>a</sup> Dos cintas verdes forman tirantes, y terminan separadas con un lazo en cada lado de la cintura, del que caen largos cabos sobre la falda.

Botitas del color de la cinta.

